

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

ÁNGEL MARTÍNEZ CUESTA, OAR

Resumen

En esta reseña bibliográfica presento tres libros, que, a pesar de la gran diferencia de contenido y estilo, tienen en común un notorio carácter autobiográfico.

Abstract

This bibliographical review presents three books of very different content and style, that, nevertheless, have in common a notorious autobiographical character.

Mons. David ARIAS, OAR, dd, *Los días de mi vida*, Morrisville, Lulu Enterprises, Inc., 2017; 320 pp. Versión inglesa: *The Days of my Life*.

Padre Germán SANZ, OAR, *Experiencias misioneras en Chihuahua*, ed. privada [2022] 381 pp.; 210 x 140 mm.

Mariano GAZPIO, *Correspondencia*. Introducción, edición y notas José Javier LIZARRAGA, OAR, Madrid 2023. 557 pp. más 12 de fotografías.

Presento conjuntamente estos tres libros, aun a sabiendas de que se trata de obras de contenido y estilo muy diverso. Tienen, sin embargo, una nota común que creo oportuno resaltar. Son tres libros autobiográficos, un género poco presente en la bibliografía recoleta. Si se prescinde de noticias sueltas desparramadas en sermonarios y libros de diversa índole, los recoletos sólo poseemos dos autobiografías. En la primera el padre Pedro Fabo (1873-1933) diseñó un cuadro bastante completo de su paso por este mundo y de la profunda huella que ha dejado en la familia agustino-recoleta. La segunda, obra del padre Regino Maculet (1876-1962), es muy breve, de apenas 50 páginas.

Con un poco de generosidad podríamos añadir las páginas en que el arquitecto Lorenzo de San Nicolás (1693-1679) rememoró los años de su infancia, los diarios de los prisioneros de la Revolución filipina y de Santiago Matute a finales del siglo XIX, las cartas de san Ezequiel Moreno, los relatos de Patricio Adell y Mariano Bernad sobre la implantación de la Orden en Venezuela y Brasil entre 1898 y 1901, los apuntes espirituales de Jenaro Fernández y los comentarios de los generales Eugenio Ayape y Ángel Almárcegui en los decenios centrales del XX. Estos últimos, al igual que las autobiografías de Fabo y Maculet siguen inéditos, y, por tanto, resultan casi inaccesibles.

Ello me ha movido a unirlos en esta breve presentación. No dudo de que los tres serán bien acogidos por quienes quieran comprender la vida de estos tres recoletos de nuestro tiempo, y, a través de ellos, apreciar la obra de la Orden. En ellos la historia deja de ser un relato objetivo y, con frecuencia, impersonal, para convertirse en un observatorio que permite asomarnos al interior de sus protagonistas y dar con sus intenciones, ilusiones, criterios y aspiraciones.

El relato de monseñor Arias es un repaso detallado de su vida desde su nacimiento en el pueblo leonés de Mataluenga (1929) hasta fines de noviembre de 2017, 18 meses apenas antes de su fallecimiento en Newark (EE.UU.) el 9 de mayo de 2019. La suya fue una vida llena de iniciativas y acontecimientos notables, que se desarrolló en España (1929-1953), México (1953-1963), Italia (1963-1964) y Estados Unidos (1964-2019), pero que llevó al autor por el mundo entero, desde Argentina a Suecia y Noruega, pasando por Brasil, España, Francia, Portugal, y desde Estados Unidos a Australia y Nueva Zelanda, pasando por Rusia, China, Japón y otros muchos países. Entre sus trabajos ocupa un lugar preeminente su aportación a la consolidación de los Cursillos de Cristiandad en Estados Unidos. A ellos se dedicó, cuerpo y alma, durante los doce años que dirigió el centro *Saint Joseph* de Nueva York (1967-1978) y de modo menos intenso durante el resto de sus días, en los que estuvo al frente de la pastoral hispana de las archidiócesis de Nueva York (1978-1983) y Newark (1983-2004). En la primera dirigió la Oficina de Asuntos Hispánicos y en la segunda fue obispo auxiliar y encargado de la atención a los latinos de la archidiócesis, que sumaban algunos cientos de miles. Contra la opinión prevalente de los que abogaban por su asimilación de la cultura americana, él se inclinó siempre por su integración.

«En el III Encuentro Nacional Hispano en agosto de 1985 propuse a todos los delegados nacionales hispanos participantes que se tomara la integración, no la asimilación defendida por algunos, como la filosofía que debiera seguir la Iglesia Católica al servicio del pueblo hispano. Por asimilación se entendía que el hispano que vive aquí en Estados Unidos debería olvidar y abandonar su lengua y cultura, y adoptar la cultura dominante en este país. Por integración se entendía que el inmigrante hispano debería conservar y aportar su lengua y cultura hispana, integrándola en la sociedad de que formaba parte» (p.104).

A más del trabajo administrativo de cada día, las frecuentes visitas pastorales, los servicios litúrgicos y una profunda implicación personal en el entramado social de los hispanos, dio vida a iniciativas como el programa *Luz y Vida*, que perseguía la evangelización de la familia por medio de reuniones de grupos pequeños en casas particulares; tuvo una intervención decisiva en la participación de la Iglesia estadounidense en la celebración del Quinto Centenario del descu-

brimiento y evangelización de América y en la redacción de la pastoral que el episcopado norteamericano dedicó al acontecimiento: *Herencia y Misión*.

«Del 12 al 15 de noviembre [del 1984] estuve en Washington DC con motivo de la reunión oficial de todos los obispos del país, que tuvo lugar en el Capitol Hilton Hotel. Fue en esa convención que me decidí [a] hacer una moción en la Asamblea General de los Obispos de Estados Unidos sobre la celebración del V Centenario que se aproximaba. El Papa había pedido que precediera a la celebración en 1992 una novena de años que él llamó Novena de la Esperanza. En América Latina estaban ya todos los países planeando y haciendo preparativos para esa fecha histórica. Viendo que aquí en Estados Unidos ni se hablaba siquiera de ese acontecimiento que se aproximaba, decidí hacer una moción para que la Iglesia de Estados Unidos participase también en ese acontecimiento histórico. Sin haberla presentado a través de la Comisión, como era el protocolo, pedí la palabra al presidente en plena asamblea e hice la siguiente moción:

"Dado que el V Centenario del descubrimiento de América será un acontecimiento histórico, que conmemoraremos no solo del mutuo descubrimiento de los dos mundos, sino también de la llegada de la fe a este continente, su celebración no sería completa sin la participación de la Iglesia de este país, cuya vida e historia han sido profundamente marcadas por el resultado de ese suceso histórico y a lo largo de los casi 500 años que han pasado desde entonces. La mayor parte de las naciones de este hemisferio están formando comités con propósitos cívicos y culturales. Las conferencias episcopales están respondiendo con entusiasmo al pedido del Santo Padre de un nuevo impulso a la evangelización mientras se preparan para ese evento con una novena de años, la Novena de la Esperanza, como le llama el Santo Padre. Probablemente el año 1992 será declarado como un año jubilar para América. Todas las conferencias episcopales se reunirán y el Santo Padre asistirá a este evento significativo. Yo creo que la Iglesia de nuestro país no debe quedarse al margen de este acontecimiento. La preparación para el medio milenio de la llegada de la fe nos brinda una oportunidad de oro para fortalecer nuestros vínculos con nuestras iglesias hermanas de América, para abrir nuevos caminos de comunicación y de cooperar más íntimamente a la construcción del reino de Dios en este continente, donde más de la Iglesia Católica tiene su casa. Por ello:

Vista la importancia de este evento y como respuesta al deseo del Santo Padre, quiero pedir al presidente de esta Conferencia que nombre un comité de obispos para establecer contacto con las otras conferencias de América e iniciar el proceso de preparación para el V Centenario de la llegada de la fe a América y proveer a cada obispo con la información necesaria para llevar este proceso de preparación a un feliz resultado"» (99-100).

Pocos meses después el presidente de la Conferencia nombró una comisión de la que Arias formó parte desde el primer momento con el encargo de presidir la subcomisión histórica. No todos los obispos miraron a la comisión con buenos ojos, pero al fin consiguió el apoyo de una amplia mayoría. Este marco insti-

tucional facilitó una intensa labor preparatoria que duró ocho años, en los que se celebraron «reuniones, actos académicos en universidades de diversos países, viajes, desfiles, entrevistas de radio, prensa y televisión, trabajos de historiadores y correspondencia con personas de Estados Unidos, España y América Latina. [...] El presupuesto de la NCCN para la preparación del V Centenario sería de unos 360 mil dólares» (101).

La redacción del plan pastoral se encomendó a un comité, que tras una laboriosa gestación, dio a luz en 1989 una carta pastoral a la que dio el programático título de *Herencia y Esperanza*.

«Cuando llegó el primer borrador de la carta pastoral a la sesión plenaria de los obispos, hubo algunas objeciones de alguno de los obispos, incluso de algún obispo hispano, por lo que un servidor se levantó» y abogó con fuerza por su aprobación y la implicación de la Iglesia estadounidense en un evento tan significativo. «En la votación que siguió, la gran mayoría votó a favor de la carta pastoral y así quedó oficialmente aprobada por el episcopado» (102).

Un año antes, en 1983, había sugerido al arzobispo de Newark la conveniencia de realizar un estudio socio-religioso «sobre la situación de la comunidad hispana en la archidiócesis, y con los datos conseguidos diseñar un plan pastoral» (94). La sugerencia desembocó en 1989 en la redacción del estudio *Presencia Nueva. Plan pastoral para el apostolado hispano*, que en adelante serviría de guía a los operadores de la pastoral hispana. Estaba articulado en seis áreas: formación cristiana, evangelización, espiritualidad, matrimonio y familia, juventud y justicia social. Para facilitar su puesta en práctica cada parroquia debía organizar un comité de personas expertas en cada área. El 25 de junio de ese mismo año él mismo se encargó de presentarlo a los párrocos en una reunión *ad hoc*, en la que aclaró sus dudas y respondió a sus preguntas (123).

En 1997 dio comienzo a la publicación del periódico mensual *New Jersey Católico* para los hispanos de la zona (186). Al año siguiente tuvo la satisfacción de inaugurar el centro Guadalupe de Union City, recién reestructurado y convertido en escuela de formación para los seglares hispanos, y de encomendar su dirección a los agustinos recoletos, que ya administraban la vecina parroquia de *Holy Family*. Era el centro que la comunidad hispana necesitaba, objetivo primordial de su plan pastoral.

«Inició su marcha con muchas actividades tanto los días de entresemana como los finales de semana. Ahí trabajaron sacerdotes agustinos recoletos tan capacitados y entregados como José Juango, Fernando Gómez, Ángel San Eufrasio, Francisco Legarra, Juan Luis Calderón y Tonatiuh Espinosa. [...] Allí se graduaron muchos

seglares de las diversas parroquias de la diócesis. De ellos muchos fueron ordenados diáconos permanentes y otros muchos continúan trabajando en las parroquias como catequistas y dirigentes parroquiales. Este centro ha sido una bendición para la formación cristiana de seglares en la comunidad hispana de la arquidiócesis; el cumplimiento de un sueño» (199).

En el año 2002 hizo posible la celebración en Nueva York de la exposición *Edades del Hombre*. Así lo reconoció su vice presidente en declaraciones a un periódico.

«Lo que parecía un sueño es hoy una realidad gracias a la ayuda de Mons. David Arias, un leonés que ejerce como obispo en Nueva Jersey, quien realizó las gestiones oportunas para que una catedral como la de San Juan El Divino acogiera la exposición» (225).

En 2004 se le aceptó la renuncia a su cargo de obispo auxiliar, pero durante tres lustros continuó plenamente integrado en el apostolado hispano y en la pastoral de la diócesis con visitas continuas a las parroquias y la participación activa en sus principales eventos. Manifestaciones anuales de las que muy difícilmente se dispensaba de participar fueron la asamblea anual de los obispos americanos, los ejercicios espirituales con los obispos de la región y la Marcha Pro vida. Esta solía comenzar con una misa en una parroquia y terminaba con una procesión y el rezo del rosario delante de alguna clínica abortista. También aprovechó para cultivar sus aficiones histórico-literarias y dar cima a varios libros sobre la aportación de España a la forja de la sociedad estadounidense.

Todo ello está recogido en este libro, que es un fiel retrato de un obispo lleno de iniciativas, pastor celoso, sociable y amante de la vida, que supo conjugar la fidelidad a sus raíces familiares, españolas y recoletas con una entrega sin reserva al servicio espiritual y material de los hispanos en Estados Unidos; y la divulgación y defensa de la aportación española a la Iglesia y sociedad americana con una integración leal en su cultura y en sus estructuras. También es de notar el espacio dedicado a los viajes, a su familia, a los encuentros con personajes de la Iglesia, de la Política y de las instituciones internacionales y a su intensa participación en los placeres honestos de la vida. Tuvo ocasión de entrevistarse con varios papas y presidentes de Estados Unidos, con Fidel Castro, Juan Carlos I de España, políticos españoles como José María Aznar, Manuel Fraga, Martín Villa o José Bono, cardenales y un buen número de dirigentes de grandes empresas. En la página 149 sufre una confusión al identificar a Javier Rupérez, representante de España en la ONU y posteriormente embajador en Washington y secretario general adjunto del Consejo de Seguridad, con Javier López de Cuéllar, secretario general del alto organismo (1977-1981). En varias páginas translitera el apellido del cardenal Maradiaga.

El libro me parece muy bueno y lleno de noticias. Incluso las referentes a la infancia y a los estudios en el seminario son de interés, porque no abundan los testimonios directos de frailes nuestros sobre esos asuntos. También es de alabar el tono, casi aséptico, que el autor ha adoptado en la narración. Es objetivo, sin excesivos personalismos y con una mirada complaciente, optimista y amable a las personas y acontecimientos que se fueron cruzando en su vida. Las fotografías, aunque no siempre sean de alta calidad, lo embellecen y lo hacen más comprensible y más atrayente. Echo en falta un buen mapa del estado del Nueva Jersey, que habría ayudado al lector a situar los hechos y seguir la narración con más facilidad.

El tono o estilo puede resultar demasiado cronístico y un tanto reiterativo. Quizá habría podido disminuir esa impresión, que ciertamente puede cansar a algunos lectores, añadiendo comentarios más personales sobre los hechos principales y los personajes de especial relevancia. También habría resultado útil alguna mayor atención a aspectos vivenciales tanto de carácter espiritual como académico y, sobre todo, pastoral. De estos ya se trata, pero la adición de objetivos e impresiones más concretas sobre algunas de las múltiples iniciativas que jalonaron su vida, el recuerdo de las ilusiones perseguidas, las dificultades encontradas, los resultados obtenidos y otros detalles que sólo él conocía habría dado más vida al relato, haciéndolo más atrayente y útil, y a la vez lo habría librado de esa cierta monotonía narrativa a que antes he aludido.

Sólo en raras ocasiones se ha decidido a desvelar con claridad las ideas, ilusiones y emociones que gobernaban sus actos. Consigno dos. El día de su ordenación episcopal, 7 de abril de 1983, en la catedral de Newark (81-84), reconoció la obra de Dios en su humilde persona a través de la fe recia de su familia, del pueblo y nación que le vieron nacer y de la Orden agustina recoleta en la que aprendió «a vivir el espíritu de la primitiva comunidad cristiana», cuyos miembros «tenían un corazón y un alma centrados en Dios» (82). Desde los años de su formación «san Agustín, ese monje-obispo que tan bellamente supo armonizar su vida religiosa y su llamada al apostolado» fue siempre su guía y su modelo (84). En la segunda recuerda su fidelidad a una práctica religiosa común entre los fieles españoles de su tiempo:

«Todos los días, por muchos años, antes de acostarme, me pongo de rodillas ante la cama y digo. “Gracias, Dios mío, gracias por todo lo que me has dado en el día de hoy para mi cuerpo, como el aire, el agua, el sol, los alimentos, la salud; gracias por todo lo que me has dado también para mi alma, como vuestra inspiración, lo que he podido leer, escribir. Gracias por todo lo que he podido hacer. Perdóname por lo que haya podido ofenderte con mis pensamientos, palabras o acciones. Dadme ahora una noche tranquila y serena para que pueda descansar y levantarme mañana

para seguir haciendo tu santa voluntad. Virgen santísima, madre de Jesús y madre mía, protégeme esta noche. Ángel de mi guarda, líbrame de todo peligro. Amén”. Al momento de levantarme me pongo también de rodillas junto a la cama y rezo: “Gracias, Señor, por el descanso de esta noche, gracias por el nuevo día. Ayúdame para que todo lo que yo piense, diga, haga, desee, planee u organice en este días sea todo dirigido para mayor gloria tuya y para bien de tu pueblo. Dios mío, ayúdame y protégeme. Virgen santísima, protégeme. Ángel de mi Guarda, protégeme y defiéndeme, Amén”» (238-239).

El autor ha optado por un relato rígidamente cronológico, que me parece acertado, porque ayuda al lector a situar el acontecimiento narrado y a descubrir el estado de ánimo con que el autor lo vivió. Quizá hubiera convenido articular el libro en secciones y capítulos. Con todo, un lector atento no encontrará dificultad en descubrir cuatro etapas en su vida: infancia en el pueblo y años de formación; primeras actividades apostólicas en México y Estados Unidos; servicio episcopal en Newark; múltiples tareas como obispo jubilado

Muy otros son el escenario, el contenido y el estilo del libro de mi conno-vicio, padre Germán Sanz. Arias actuó en un escenario cosmopolita, inmerso en el tráfico del mundo urbano y con frecuencia bajo los reflectores de los medios de comunicación. Germán, por el contrario, trabajó casi siempre en comunidades sin voz, en pueblos apartados, de escasos recursos y de muy difícil acceso. Arias hace un rápido repaso de toda su vida, acumulando datos y más datos, sin apenas detenerse en consideraciones abstractas ni en detalles descriptivos. En ocasiones su relato se asemeja a los apuntes en que hombres públicos, periodistas o escritores consignan ideas o datos a los que poder acudir a la hora de la decisión o de la redacción del texto definitivo. Germán, por el contrario, concentra su atención sobre un número limitado de experiencias y se deleita en describirlas con lujo de detalles, con el propósito manifiesto de no ocultar al lector detalle alguno de su poliédrica fisonomía. Le interesa transmitir al lector tanto las dificultades objetivas de cada experiencia como el estado de ánimo con que él las fue afrontando. Arias ha optado por un estilo llano, casi aséptico, sin descender apenas a apreciaciones religiosas o a recomendaciones moralizantes. Deja que los hechos hablen por sí mismos. Germán emplea un lenguaje más florido, más apasionado, propio de quien quiere resaltar la grandeza y belleza de la misión e implicar en ella a sus futuros lectores. Su predilección por la frase corta me ha traído a la memoria las largas vacaciones veraniegas de Fuenterrabía y Marcilla, en las que no pocos entreteníamos el tiempo con la lectura de los artículos y ensayos de Azorín. Pero

en ambos laten la misma laboriosidad, el mismo espíritu de servicio y el mismo ardor misionero.

Germán ha articulado su libro en once capítulos, subdivididos en varios apartados. Diez están dedicados a describir algunas de las abundantes e interesantes experiencias que jalonaron los 36 años pasados en el estado mexicano de Chihuahua: 25 en la prelatura de Madera (1969-1986, 1994-1997, 2009-2011), ocho en la capital del estado (1986-1994) y seis en la ciudad de Cuauhtémoc (2003-2009). Ha prescindido de los siete años pasados en parroquias del Distrito Federal (1962-1965) y en el colegio de Querétaro (1965-1969), a los que considera una especie de noviciado apostólico. No así de los años de su infancia en Cigudosa (Soria), donde ya anticipó alguna muestra de su temple emprendedor e independiente, y de los seminarios de Lodosa (1949-1952), Fuenterrabía (1952-1956), Monteagudo (1956-1957) y Marcilla (1957-1961). En Monteagudo emitió los votos religiosos y se incorporó a la Orden y en Marcilla se ordenó de sacerdote. Como en julio de 1961, al concluir el estudio de la teología, le faltaban varios meses para alcanzar la edad mínima exigida por el Derecho Canónico para la ordenación sacerdotal, se vio obligado a posponerla hasta el finales de diciembre.

La mayoría tratan de su estancia en la prelatura. Unos describen viajes aventureros de quince, veinte y más horas por trochas infames, con precipicios a un lado y a otro, sin indicaciones sobre la ruta a seguir, salpicados de torrentes y ríos crecidos que ponían a prueba sus dotes de conductor y sus apreciables conocimientos de mecánica, con noches enteras pasadas a la intemperie, en medio de la lluvia, con la ropa mojada y sin saber dónde acudir en busca de auxilio. Casi siempre terminaban con la acogida cordial y generosa de algún rancho aislado. A más de reconfortar al viajero con una cena caliente y, a veces, hasta con un lecho reparador, le ayudaban a resolver los problemas mecánicos y le proporcionaban un guía que lo encaminara hacia su destino. Son los capítulos más llamativos, los que más atraerán la atención del lector. Por una parte, le permiten asistir a escenas legendarias de tiempos heroicos que creía ya definitivamente superadas y, por otra, podrá admirar el temple de sus protagonistas y la solidaridad de gentes desprovistas de medios, pero dotadas de un gran corazón. El padre Germán encontró en esas peligrosas correrías personas y familias enteras, que le ayudaron a superar situaciones casi desesperadas y que con su gratitud le pagaban con creces los trabajos que conllevaban sus giras apostólicas. Un especial recuerdo dedica a doña Quica, una catequista de Ocampo, que durante 22 años (1971-1993) le acogió como a un hijo y en cuya casa halló siempre descanso y calor humano (239-244).

Valgan como ejemplo de todo ello unos párrafos sobre un viaje, que, por cierto, no fue enteramente apostólico. Tuvo lugar durante su estancia en Cuauhtémoc. El 28 de junio del 2004 quiso refugiarse en un lugar tranquilo y seguro para

preparar sus intervenciones en el primer congreso eucarístico de la parroquia de San Martín. Pero tiene la ventaja de reflejar con entera fidelidad y relativa concisión los contratiempos sufridos en sus viajes a Yécora, Ocampo y otros lugares de la prelatura. Al caer de la tarde, satisfecho del trabajo realizado, decide tornar a Madera.

«¡Regresar a Madera! Antes estaba el purgatorio. Nada más pasar el arroyo hacia las casas de la ex hacienda de Sírupa un ruido raro me detiene. Bajo y veo una llanta tronada por completo. No hay problema, pienso. Aseguro las llantas con piedras. Saco el gato. ¡Falta la barra para usarlo! La lluvia es pertinaz. Como estaba ..., me acerco a la primera casa. ¡No hay nadie! A la segunda y a la tercera y ¡lo mismo! [...] Como a un kilómetro hay otras dos viviendas. Atravieso el llano. Ya estoy completamente empapado hasta los huesos, y los pies llenos de barro. Un perro me recibe moviendo la cola. Mala señal: no hay nadie en la casa. Luego me explicaron que como eran las fiestas de San Pedro en Madera, todas las familias se habían ido a la ciudad. Salgo al camino grande, el de Cebadilla, Dolores y Conóachi. De la camioneta al camino había empleado como una hora de camino. Espero... rezo tres rosarios ... la noche se viene encima. No pasa nadie y los malos pensamientos: malos porque no encuentro solución ¿Regresarme a la camioneta? ¡Sin ropa seca toda la noche! Con ropa mojada encima, una pulmonía me lleva al otro mundo. ¿Y sin ropa? ¡No puede ser! Hago una oración de todo corazón, arrodillado en una piedra grande. “Señor, como penitencia por mis pecados ... ya es suficiente. Me da miedo. ¿Qué va a pasar? ¿Qué hago? Échame una mano”.

Se me ocurre de repente. Voy a asomarme al acantilado que da al río. A lo mejor hay alguien por ahí. Justo llegando al borde ... ¡oigo la voz de una niña! Si hay niños, hay gente mayor... ¿En dónde? Casi no se ve ya: aguzo la vista y enfrente descubro un techo rojo. “Gracias, Señor. Me salvaste”, dije también de corazón. Tomo el camino hacia el puente colgante... lo paso, sigo por el de Dolores y Cebadilla. No importan los charcos y la lluvia. Veo una vereda empinada. Sin dudar la subo con fuerza que me sorprende. Por fin llego arriba de la loma y diviso, como a unos 300 metros, una ventana con luz. Es de noche ya. Es un rancho. ¡Me salvé del purgatorio que podría haberse convertido en un infierno! Camino y toco a la puerta. La abre un joven delgado y apuesto. ¡Hooooola, padre Germán... ¿Qué tiene? ¿Qué le ha pasado?”, me dice gritando y sorprendido, y añade: “pase, pase, aquí están mis papás, mi hermano y su esposa y su niña...”. Entro y encuentro caras conocidas de Cebadilla de Dolores que no había visto desde hacía 18 años. “Cómo me conociste”, pregunto a mi portero. Responde: “usted me dio la primera comunión y tengo la fotografía”. Su mamá dice a la nuera: “hija mía, trae ropa seca que le quede al padre...! La mamá al hijo casado: “Hijo..., ya sabes lo que es bueno para que no agarre una pulmonía ni se resfríe. Trae el remedio”. Ropa seca ... y ¡sotol! (de la familia del tequila). Obediente, tomé “un buen trago para que el cuerpo reaccione”, escucho. Tosí un poco y el remedio fue inmediato: té de calahuala. Se me quita el sudor frío y comenzamos a recordar tiempos idos, detalles de las visitas a Cebadilla, de la

gente que ya murió, de los que ya salieron del pueblo, de los remedios naturales para cualquier problema de salud. ¡Ah! Y me echo otro buen trago de sotol; no son buenos los remedios a medias.

De repente sale la niña de una habitación y me enseña un cuaderno. Había escrito en una página entera mi nombre muchas veces: Germán, Germán, Germán... ¿Para qué tantas veces? “Para que no se me olvide”, dijo. Pues, escíbeme, tu nombre también: Cynthia. Letra redondita, bonita y clara. “Sí sé leer y escribir, padre”, dice la pequeñita de cinco años. “Cynthia, le digo, tú me salvaste. ¿Tú has gritado como hace una hora y media?” “Sí, contestó, me estaba dando lata un perro y le grité”. Bendita lata del perro que provocó el grito de salvación.

Finura de rancho: se acerca la jovencita, mamá de Cynthia, con un banquito, luego un lavamanos con agua, jabón y toalla... “Lávese para pasar a la mesa a cenar”. Deliciosa cena: verdolagas, quesadillas y un té de varias hierbas para entonar mejor el cuerpo [...] “Avísenos cuando quiera dormir”, me dice la mamá. “Aquí en el piso mismo. Estoy tan cansado que dormiré como un tronco”. “No. Dormirá como Dios manda”, replicó ella. [...] Y dormí a pierna suelta, oyendo llover y dando gracias a Dios de que no me regresé hacia donde había dejado la camioneta» (198-204).

No fue éste el percance más serio sufrido en sus correrías por la sierra ni todos tuvieron fin tan feliz. Pero ésa fue su tónica general. El autor los relata con riqueza de detalles, fuerza expresiva y en buen español.

Otros capítulos tratan de asuntos más generales. Combinan los planes pastorales de la prelatura, el origen y actividades de grupos y asociaciones y las visitas pastorales del obispo con celebraciones festivas, peregrinaciones a la basílica de Guadalupe e iniciativas y trabajos en las diversas parroquias que te tocó servir: Nicolás Bravo, Temósachic, El Terrero, Madera, Ciudad Guerrero y La Junta en la Prelatura; y Chihuahua y Cuauhtémoc en la diócesis de Chihuahua. Decisivo resultó su interés por atraer a Madera en junio de 1979 al grupo musical *¡Viva la Gente!*, formado por universitarios de varios países y con base en la universidad de Tucson (Arizona).

De especial interés resultan sus trabajos apostólicos, educativos y recreativos con niños y jóvenes. Él siempre creyó en su potencialidad formativa: «también los jóvenes son buenos maestros» (277). Además de los campamentos y las *Jornadas de Vida Cristiana* en el edificio Pleamar de Madera y de su trabajo con la Acción Católica de Chihuahua, los grupos juveniles de Nicolás Bravo y los catequistas de El Terrero, me place recordar su actuación en las parroquias de Ciudad Guerrero, La Junta y Chihuahua. El grupo juvenil JESDI (Juventud esperanza de la Iglesia) de Ciudad Guerrero alcanzó en sus manos unas dimensiones y una eficacia que pronto fue notada en la población. El director de su escuela preparatoria quiso manifestárselo de persona (308). Con la ayuda de ese grupo organizó una escuela de verano en la que durante mes y medio entretuvo a unos

150 niños con actividades que iban desde el pirograbado y el inglés al canto, a la danza y a la preparación de materias escolásticas (269-272). En 1993 colaboró en La Junta con el padre José Martínez Lázaro en la dirección del grupo Infancia y Adolescencia Misionera (272-274). Pero quizá fueron los cholos de Chihuahua quienes más satisfacciones le dieron. A ellos les dedica doce páginas de su libro (349-361) a más de diversas alusiones en otras. Eran grupos de adolescentes y jóvenes que en otras partes llaman pandilleros o bandas. Tras un encuentro casi fortuito a principios de diciembre de 1986 y una invitación a la cena de la próxima navidad, surgieron grupos de cholos disciplinados, bien relacionados entre sí, interesados en su propia formación y activos en la vida social, artística y eclesial de la ciudad. En junio de 1987 1.500 pandilleros de treinta barrios de la ciudad se dieron cita en el gimnasio Quevedo para tres días con un programa variado, pero impregnado de fe. «Porque Dios me protegió no me empaché de confesiones para toda la vida. Y otro sencillo detalle: pasamos la noche de sábado a domingo en vigilia de Adoración al Santísimo. Más de 500 cholos y cholas fervorosos cantaron, lloraron, escucharon la Palabra y principalmente oraron con todo el corazón» (p. 355). Un mes más tarde se organizó un foro abierto sobre el fenómeno cholo en Chihuahua, al que asistieron cholos de México, Ciudad Juárez, Delicias y Parral y una multitud que superó todas las expectativas. En él una joven de nombre Lupita dio un testimonio conmovedor del cambio de rumbo que produjo en su vida la participación en el segundo retiro de evangelización para cholas y cholos.

A través de los cholos el padre Germán conoció al célebre cantautor argentino Facundo Cabral (1937-2011), con quien mantuvo una relación que recuerda con incontenida emoción en otras páginas del libro (344-349).

El libro concluye con una información de primera mano (362-380) sobre la visita a Chihuahua de Juan Pablo II el 10 de mayo de 1990, en cuya preparación y desarrollo le tocó elegir, preparar y ornamentar el lugar de la celebración. Una responsabilidad delicada y compleja por los aspectos protocolarios, técnicos, sanitarios y de orden público que conllevaba.

Escritas las páginas anteriores, me llegó el libro en que el padre José Javier Lizarraga publica la correspondencia del padre Mariano Gazpio. Un volumen precioso que contribuye a mitigar las deficiencias de la historiografía recoleta señaladas al principio de estas notas con el testimonio directo de un misionero y religioso ejemplar. De 1924 a 1952 fue misionero en China; de 1952 a 1965 maestro de novicios (1952-1955 y 1958-1964) y prior de la comunidad de Montegudo (1955-1958). Desde 1964 hasta su muerte residió en Marcilla como sub-

prior de la comunidad (1964-1970), confesor de los teólogos, formador de los hermanos no clérigos, administrador de la librería Fray Luis de León y encargado de otros asuntos menores.

El padre Mariano Gazpio (1899-1989) llegó a China en abril de 1924, formando parte del grupo de cinco religiosos que abrieron la misión de Kweiteh (actual Shangqiu), la primera y única de la Orden en China. Y en China permaneció hasta enero de 1952 en que se vio obligado a salir de su querida misión. El gobierno chino no le expulsó con un decreto específico, pero, como hizo con centenares de misioneros, puso cortapisas y limitaciones a su trabajo hasta forzarle a pedir la salida del país. Fue «una expulsión velada con la apariencia de una decisión voluntaria» (p. 18).

En China desarrolló una actividad extraordinaria. Fue misionero de primera línea en Chenliku y Yucheng (1924-1934), formador de catequistas en Chutsi (1934-1941), vicario de la misión (1941-1948) y superior regular de sus religiosos (1946-1952). «Durante esos 28 años vivió durísimas experiencias humanas, que, con el auxilio de la gracia divina, fueron forjando sus virtudes [...]. Misionero abnegado, celoso y valiente, no paró mientes en la soledad, en la escasez de recursos, en los peligros de guerras y bandidos, y continuó impertérrito su labor apostólica confiando en la providencia divina. Soportó con paciencia y entereza, robos, asaltos, el bombardeo de la misión, la privación de sus propiedades y la persecución religiosa» (p. 18).

Las dos últimas etapas de su vida fueron de carácter conventual. En Monteagudo fue un buen formador, «fiel cumplidor de los consejos evangélicos, que arrastraba con el ejemplo de su santidad, manifestada en la perfecta fidelidad a su consagración religiosa, la oración constante, el servicio caritativo y la autenticidad de una vida sobria, humilde y sencilla» (19). En Marcilla, liberado de responsabilidades de gobierno, su vida fue más escondida y aparentemente retirada. Sin embargo, estuvo siempre ocupado, al servicio de una comunidad de un centenar de religiosos, siendo «para todos ellos ejemplo vivo de piedad, observancia religiosa, servicio y humildad. En todos dejó huellas profundas de su santidad» (19).

En los últimos años de su vida su salud, que había sido siempre muy buena, se resintió y sufrió achaques que le obligaron a hospitalizarse en varias ocasiones. En una de ellas, el 22 de septiembre de 1989, en vísperas de cumplir los 90 años, encontró la muerte «a consecuencia de una neumonía y hemorragia cerebral» (20).

La fama de santidad que le había acompañado a lo largo de toda su vida movió a la Orden a conservar su memoria e iniciar inmediatamente los trámites para que sus virtudes fuesen reconocidas oficialmente por la Iglesia. El 22 de mayo del 2021 el cardenal prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos reconoció oficialmente la heroicidad de sus virtudes y lo declaró venerable, poniendo

fin a la primera etapa de su proceso de canonización.

El volumen, pulcramente editado y enriquecido con fotografías, está articulado en tres partes. La primera (pp. 11-57), de carácter introductorio, consta de una breve presentación del Prior general de la Orden y una larga introducción. Ésta es de lectura obligada. En ella Lizarraga informa al lector sobre el número de cartas enviadas y recibidas, sobre sus autores y destinatarios, sobre su estructura, contenido y principales rasgos, así como de su localización actual. Entre los co-responsales destacan Mario Zanin, delegado apostólico en China (1934-1946), monseñor Javier Ochoa, Santos Bermejo, Prior provincial de San Nicolás, y los directores del *Boletín* de la provincia y de la revista *Todos Misioneros*. Al primero le escribió, entre 1936 y 1946, quince cartas y recibió de él doce. Son las que transmiten las dificultades, sobre todo internas, que sufrió la misión en esos años. Tras ellas hay que colocar las 19 dirigidas a monseñor Ochoa y las 21 a Santos Bermejo. Estas últimas nos permiten asomarnos a los problemas humanos, económicos y políticos que afligieron a los misioneros en los últimos años de su permanencia en China (1947-1952). Las enviadas al director del *Boletín* y de *Todos Misioneros* relatan anécdotas y sucesos de sus años de misionero en Chenliku (1924-1928) y Yucheng (1928-1934). Éstas son casi las únicas que habían visto la luz. Casi todas las demás permanecían inéditas en los archivos. El Apostólico Vaticano custodiaba la correspondencia con el Delegado Apostólico en China. Los demás se conservan en el archivo de la provincia de San Nicolás (61) y en los generales de los agustinos recoletos (4) y de las misioneras agustinas recoletas (8). En total son 133 cartas, que cubren más de sesenta años de su vida y ocupan 388 páginas (65-453). En la segunda parte (pp. 454-500) publica 37 cartas recibidas entre 1943 y 1988, del Delegado Apostólico en China (12), de los provinciales Santos Bermejo (11) y Manuel Carceller (5), del general Eugenio Ayape (1) y de religiosos particulares. A excepción de las del delegado apostólico, que se encuentran en el AAV y la del padre Ayape, que se publicó en las páginas de *ActaOAR* 4 (1956) 117-120, se conservan en el archivo de la provincia de San Nicolás de Tolentino, situado en la localidad navarra de Marcilla.

En la tercera parte (501-557) Lizarraga ha recogido el himno al padre Mariano con letra del padre Javier Legarra y música de Isidro Gambarte, y un apéndice con nueve documentos, las fuentes y la bibliografía, los siempre útiles índices de personas y lugares y dieciséis páginas no numeradas con mapas y fotografías. Entre los documentos hay tres cartas de delegado apostólico, Mario Zanin, a los obispos Ochoa y Quintanilla, que ayudan a comprender la situación interna de la misión en 1943 y 1944. En otras tres el obispo Nicolás She y los padres Pedro Ko y Melecio Ho informan sobre la situación al reanudarse las relaciones de la misión con la Orden.

Sobre los aspectos técnicos del volumen baste dejar constancia del tesón que ha permitido a su autor reunir una colección de cartas que será difícil aumentar y que en su publicación se ha atendido con escurpulosidad a los cánones vigentes en esta clase de ediciones.

En 2017 al presentar la biografía que Lizarraga dedicó aquel año a nuestro héroe, escribí que el padre Gazpio era «una perla preciosa incrustada en el mismo corazón del carisma agustino recoleto». Estos días, al leer su correspondencia, me venía a la imaginación otra imagen, que me hacía ver en su autor una encarnación de ese carisma –quizá la más lograda del siglo xx– y en sus cartas un manjar exquisito, sabroso y nutritivo a la vez, con que mantenerlo siempre vivo. Sus lectores encontrarán en ella, si son laicos, una luz que iluminará su vida cristiana, abriéndola a nuevos horizontes; y, si son religiosos, les ayudará a descubrir las grandes potencialidades de su carisma. Al contacto con una persona tan pulcra, trasparente y abnegada, el alma se airea, los sentimientos se purifican y los vínculos con Dios se fortalecen.

Entre los rasgos más salientes de su espiritualidad descuellan la omnipresencia de Dios, la plena confianza en la Providencia, el amor a la Iglesia y a las almas, el ardor apostólico, la compasión por las desgracias de sus fieles, la necesidad absoluta de la oración, el despego de todo lo terreno, la paciencia, la serenidad aun en los momentos más sombríos de la misión y la benevolencia con los perseguidores.

A quienes ya conocen la vida del siervo de Dios, no les sorprenderá topar a cada línea con un corazón inflamado en el amor de Dios, olvidado de sí, abierto de par en par a la voluntad de Dios y entregado al servicio de los hombres. Dios está presente en todos los momentos y en todas las decisiones de su vida, no sólo en los dedicados a la oración o en los trances que requieren una decisión abnegada y generosa. El nombre de Dios está en todas las páginas. A cada momento se le escapan expresiones de gratitud, de confianza absoluta en él, porque está seguro de que Dios está a su lado y busca siempre, sin excepción, su bien, aunque a veces lo busque por caminos que la fragilidad y el egoísmo humano no lleguen a comprender.

En 1928, al referir a su superior las angustias del momento, se le escapa el siguiente comentario: «por aquí gustamos el manjar de las tristezas y el sabroso plato de la tribulación» (carta 6, p. 88). Años más tarde, en una situación más desesperada, encontraba ánimos para tranquilizar a su provincial: «Esté tranquilo de nuestra suerte, que es la que disfrutan en general todas las misiones de estas benditas tierras. Ya saldrá el día de mañana el sol de justicia y nos comunicará vida, alegría y bendición» (carta 81, p. 296).

En junio del 1941 comenta la ocupación de la escuela de catequistas por los japoneses con estas palabras: «Dios nuestro Señor, que conoce nuestro natural,

regala a sus amados siervos, los misioneros católicos, alegrías muy gratas, pero a la vez, como médico sapientísimo, proporciona de cuando en cuando alguna medicina amarga al paladar y de resultados maravillosos para nuestro adelantamiento espiritual» (carta 51, p. 210).

A finales de 1951, cuando se hallaba en arresto domiciliario y con el horizonte totalmente cerrado, descansaba tranquilo en la voluntad del Señor: «Estamos aquí por la voluntad de Dios nuestro Señor y, como palpamos su protección y ayuda en tiempo de prueba, no nos falta la tranquilidad interior; estamos conformes con su santísima voluntad» (carta 86, p. 316).

Un año antes, en abril de 1950, cuando los comunistas ya habían revelado su verdadero rostro, los compadecía y esperaba que algún día también ellos alcanzarían la gracia de Dios: «Ignorando nuestro culto y la reverencia que nosotros profesamos [...], debemos compadecernos de su situación moral y pedir por ellos [por] que también son criaturas de Dios y pueden conseguir el día de mañana la gracia de ser santos hijos de Dios» (carta 79, p.291)

En 1974 repetirá las mismas ideas en carta al p. Benito Suen (1928-2016):

«Toda la Iglesia de China pide oración, sacrificio, penitencias para mover a Dios en favor de sus escogidos y conversión de los ignorantes y débiles, ya que los perversos son los menos y aun estos son hermanos nuestros que debemos salvar de las garras del maligno y perverso espíritu del mal» (carta 111, p. 368).

Rasgo realmente hermoso que delata una admirable conformidad con las enseñanzas de Jesús sobre la misericordia, el perdón y el rechazo de toda tentación de juzgar al prójimo. Con razón Lizarraga lo destaca en la introducción:

«A los paganos y perseguidores de la Iglesia los disculpaba siempre y se compadecía de ellos porque ignoran nuestro culto, “son criaturas de Dios y pueden conseguir el día de mañana la gracia de ser santos hijos de Dios” (79). Insistía en la necesidad de oración y penitencia “para mover a Dios en favor de sus escogidos y conversión de los ignorantes y débiles, ya que los perversos son los menos y aun éstos son hermanos nuestros que debemos salvar de las garras del maligno y perverso espíritu del mal”» (p. 50).

En noviembre de 1930, cuando en un momento de desaliento el escaso fruto de sus labores le sugiere la idea de abandonar Yucheng y trasladarse a otro lugar, donde le sería más fácil recoger mayor fruto, la rechaza como una sutil tentación y se anima a tener paciencia y encomendar su afán al amo de la mies intensificando la oración:

«La oración ha sido, es y será siempre el primer factor en la obra de evangelización. Por mucho que me esfuerce en predicar, demostrar la falsedad de sus cultos, en

exponer la eternidad de una vida dichosa o en extremo desgraciada, todo es inútil si no me dedico antes a ganar el corazón de Aquél, todo amor, que nos dice: Nada podéis hacer sin Mí [Jn 15,5). Plenamente convencido de esta gran verdad, puse todo mi corazón en manos de nuestro Salvador y a Él encomendé mi negocio. En esto me mandan dos cristianas para ver si atraen la atención de las paganas y pueden instruir las en la verdadera religión. Desde este día ya son cuatro los sirvientes que, en compañía de dos padres misioneros, se encargan de pedir día y noche la transformación moral de estas gentes. Además, personas amigas, niñas desconocidas, infinidad de almas se nos unen, solicitando todos una misma gracia: almas para Jesús. Desde este momento la asistencia aumenta, la fe, aunque muy débil, arraiga en estos corazones, y el que es todo amor prodiga desde su pequeña morada gracias sin cuento» (carta 14, 107-108).

En sus cartas no se cansa de pedir oraciones. En mayo de 1948, en carta al Prior provincial, consideraba la oración más importante que la misma ayuda material:

«Encargue a los amigos y a las personas sencillas y humildes que pidan con sumo interés por los misioneros, para que Dios nuestro Señor nos dé el verdadero espíritu de sacrificio, de abnegación y de caridad, a fin de poder hacer mucho fruto en esta viña del Señor. La vida de apostolado, que es penosa y difícil, pero con la gracia de Dios, que todo lo suaviza, se hace fácil y grata, aunque esté llena de privaciones y trabajos. La limosna material nos es conveniente, pero ante todo procure conseguir limosna espiritual oculta de personas de Dios para nosotros» (Carta 70, p. 263).

Otro rasgo omnipresente en sus cartas es el amor a la misión. Vivía siempre pensando en ella y en las almas que debía evangelizar:

«Cuando me hallaba en la misión de Yucheng, distrito que tiene 22 kilómetros de norte a sur, mi pensamiento continuo, mi ocupación, mis aspiraciones y toda mi vida se reducía a pensar y trabajar sin cesar en ganar aquellas pobres almas para Dios y a conservarlas fieles en el servicio de nuestro amoroso Dios» (carta 32, 144).

Del año 1941 es el siguiente texto:

«Desde este momento, este padre misionero siente a su distrito un cariño inexplicable. Si antes le entusiasmaba todo lo referente a la misión, desde ahora es su puesto señalado el objeto predilecto de sus ensueños. Vive, sueña, trabaja y habla como si para él no existiera otra cosa que su querido distrito. Cuando, obligado por la necesidad, tiene que ausentarse varios días para presentarse en la misión central, goza lo indecible comunicando a sus hermanos sus impresiones, siempre halagüeñas, de su misión y recibe a la vez con íntimo placer cuantas noticias se le comunican referentes a la misión, a la Orden y la Madre Patria. Sin embargo, a pesar de encon-

trarse con tan grata compañía y sentir impresiones tan agradables, pronto suspira por volver a su querida residencia. [...] Después de pasar algún tiempo fuera de esta mi amada misión, cuando el año 1938 volví a ella, mi mente soñaba y vivía sin cesar en mi antigua escuela de catequistas de Chutsi. Hallándome en la residencia de Kweiteh tenía campo extenso para desenvolver mi celo, tiempo libre para preparar las clases, la gracia de Dios no me negaba sus caricias, pero, a pesar de esto, me sentía como huésped que come sin ganar su sustento» (carta 51, 209-210).

De su estima de la catequesis dio pruebas abundantes durante los años que dirigió la escuela catequética de la misión (1934-1941). Pero ya antes había insistido en su absoluta necesidad.

«En los lugares donde hay cristianos, si se desea que acudan diariamente a la capilla a rezar las oraciones, no hay más remedio que poner un catequista que se encargue de enseñar las oraciones a los hijos de los cristianos y a los catecúmenos; que a horas determinadas llame a los cristianos a la capilla para rezar, y estimule a la vez a los paganos a que reconozcan al verdadero Dios y se instruyan para recibir el santo bautismo. De lo contrario los cristianos se entibian, sus hijos crecen sin instrucción religiosa y los catecúmenos nunca consiguen prepararse debidamente para recibir el sacramento del bautismo (carta 2, 76; también carta 25, 128....).

Más extraño puede resultar verlo ocupado en la faenas de la vida diaria, en la adquisición y arreglo de casa para vivir (carta 8, 92-94), en el cuidado del jardín, en el cultivo de la huerta y en la ornamentación de la iglesia (carta 12, 102-103) o apreciando el valor del dinero, discurrendo sobre el precio de los alimentos, disfrutando de la compañía de los hermanos (carta 31, 143) y exponiendo su parecer sobre cuestiones disciplinares, administrativas y económicas (carta 71, 264-271). En parte, eran ocupaciones que el trato con los misioneros de Filipinas durante su estancia en los colegios le había ayudado a interiorizar, pero no les había dado el relieve que merecían:

«La vida práctica del misionero católico ofrece un aspecto muy interesante y variado. No se reduce tan sólo a predicar, orar, estudiar, administrar..., sino que, en ciertas ocasiones, al exigirlo la necesidad, el misionero en su distrito desempeña muchos y distintos oficios, ya humildes y penosos, ya sublimes y difíciles. ¡Nuestros ancianos padres misioneros de Filipinas, durante el tiempo de nuestra carrera eclesiástica, con qué sencillez, entusiasmo e interés nos referían sus innumerables angustias y dificultades, vicisitudes y trabajos soportados en sus misiones! Mucho me entusiasmaba entonces su interesante conversación, pero confieso que no daba la importancia debida a ciertas indicaciones de vida práctica que nuestros buenos padres, enseñados por la experiencia, nos hacían. Puesto en misión y palpando la realidad, he comprendido que aquellos ancianos padres misioneros tenían sobrados motivos para darnos aquellos prudentes consejos y hacernos tan sabias indicacio-

nes» (carta 52, 213).

En general sus ideas y reflexiones sobre estas materias eran concretas, precisas, realistas y sinceras, aun cuando podían pudieron desagradar a sus superiores (cartas 71, 264-271; y 74, 277-178).

Todo su epistolario es un retrato fiel de su persona y de los criterios que gobernaban su vida. En él, escribe Lizarraga,

«se revelan sus alegrías y penas, sus peligros y consolaciones, su amor a la Iglesia y su afán por extender el Reino de Dios, su celo misionero y su caridad para con todos, tanto cristianos como paganos. Es admirable su radical aceptación de la voluntad de Dios, manifestada a través de sus superiores, y su confianza plena en la Providencia divina, incluso en tiempos de guerra, de bandolerismo y de persecución. En todo momento demuestra una gran paciencia y un desapego total de afectos mundanos. Aunque amaba con ternura a sus fieles y sentía un cariño especial a la misión encomendada, no opondrá el menor obstáculo a los cambios de destino. Ese mismo desapego inculcaba a sus fieles, enseñándoles a ver en el misionero –fuera quien fuese– el representante de Cristo» (p. 39).

Pero hay algunas cartas de especial interés biográfico. Me limito a recordar alguna que otra. El 14 de septiembre de 1934 traslada a su superior las impresiones y dificultades que le acompañaron durante los primeros pasos de su estancia en Chengliku, el poblado en que se estrenó como misionero:

«Cuando el día 18 de octubre de 1924 llegué por la tarde a nuestra casita-misión de Chengliku y vi aquellas casucas de tierra, de aspecto miserable, y me encontré dentro de un pequeño patio, cercado de tapia de tierra, frente a unos siete cristianos que me saludaban a su modo y con quienes no podía comunicarme, por no saber aún sino dos palabras de chino, el corazón al instante me dio una fuerte sacudida y poseído de cierta tristeza interna penetré en la casuca que desde entonces sería mi continua morada.

Esta primera impresión me duró como unos dos días, pero Dios nuestro Señor, que conoce nuestra flaqueza, se mostró conmigo como amoroso padre, porque los cristianos de dicho pueblo, aunque eran muy pocos, sin embargo con frecuencia nos visitaban y acudían diariamente a oír la santa misa y rezar las preces de costumbre. Entonces, palpando de lleno la necesidad de aprender pronto la lengua de los naturales para poder cumplir la santa misión que se me había encomendado, empecé con gran entusiasmo a estudiar un cuaderno de apuntes de la confesión, sirviéndome del cocinero, del sirviente y de algún cristiano que encontraba en el patio. Así, estudiando en la celda, preguntando a los sirvientes y sobre todo pidiendo mucho a Dios nuestro Señor en la santa misa, conseguí al poco tiempo lo que deseaba. Pero lo que me era de gran consuelo y ayuda en aquel entonces, era la presencia y convivencia

de otro padre [Mariano Alegría] que, aunque se hallaba como yo, sin embargo con su sola compañía, ¡¡¡cómo me animaba, confortaba y daba nuevos bríos para proseguir en la obra comenzada!!!

Los sábados por la tarde venían con relativa frecuencia algunos cristianos y catecúmenos de otras cristiandades para oír misa el domingo y saludar al misionero. Nuestro sirviente procuraba conducirlos a nuestra casita y entonces eran mis apuros; porque, si me hablaban yo no entendía, y si deseaba hacerles alguna pregunta, ellos no podían entender lo que les decía. Por lo mismo, para no sufrir vergüenza, procuraba meterme lo antes posible en mi habitación y abreviar el sorbo amargo que me veía obligado a beber, por no saber aún hablar. Esto en un principio. Después, a medida que fui aprendiendo algunas frases ordinarias, me iba soltando aunque me costaba mi trabajillo. Y ¡¡¡cuántas veces me sucedía que, deseando contestar a este o al otro cristiano, notaba extrañeza en sus rostros después de contestarles!!! Así, poco a poco me iba soltando en el trato con los cristianos y aprendiendo a decir algunas cosillas en este difícil idioma chino» (138-139).

En enero de 1935 recuerda la impotencia que le acomplejaba en los primeros años su ignorancia del idioma, pero que, al fin, se tradujo en un empeño por estudiarlo a fondo (carta 36, 156).

En junio de 1944 expresa al delegado apostólico su preocupación por la imposibilidad de mantener abierto el seminario y pide humildemente su opinión:

Este año, cumpliendo el deseo de nuestro querido obispo, después de la fiesta de San José y de Pascua de Resurrección de nuestro Señor Jesucristo, visité todas las residencias de nuestra misión, predicando en cada una de ellas durante algunos días la palabra de Dios; y vi con gran gozo la protección de Dios, la sencillez de los cristianos y la santa conformidad de los misioneros. Encontré la pequeña grey y el buen olor de Cristo en todas las misiones, por lo cual regresé contentísimo del viaje apostólico.

Vi claramente que en nuestras misiones la vida religiosa está cimentada en la pobreza y conservada en la caridad de Cristo, y dije a mis queridos hermanos lo que en otro tiempo decía Tobías a su hijo: “No temas, hijo mío: es verdad que pasamos una vida pobre, mas tendremos muchos bienes, si tememos a Dios y nos apartamos de todo pecado, y hacemos el bien” [Tob 4, 23].

Queridísimo padre, alimentado con tribulaciones y oprimido por las angustias de la Santa Madre Iglesia, quiero que goce en el Señor, recreándose un poco con estas noticias consoladoras.

Ahora, sin embargo, queridísimo padre, para que conozca bien el estado de la administración de los bienes de nuestra misión y la pobreza en la que trabajamos, he de decir a su excelencia que en estos tiempos no consigo en absoluto ofrecer subsidio alguno a mis queridos misioneros y me veo obligado a dejarles en la abstinencia y el ayuno prolongado. Pero ojalá que nos afligiera solamente esto; sería un mal tolerable y me callaría llorando. Ahora nuestra verdadera indignancia, en cambio,

es que su crueldad redunda en el amor predilecto de su excelencia y de la Santa Iglesia, a saber, el seminario, pupila del ojo de nuestra misión. En los dos últimos años, por motivo de la penuria, no hemos admitido nuevos alumnos, y el pequeño rebaño cuenta solamente con trece aspirantes y ocho novicios para tristeza de nuestros afligidos ojos.

En estos días para poder gobernar como padre a misioneros, seminario, monjas, religiosas y niñas [de la Santa Infancia], dispongo solamente de la Providencia Divina y de treinta mil dólares, incluyendo en esta cantidad tres obras pías por valor de 11.424,22 dólares (Carta 57b, 229-230).

En las cartas 73-87 alude con extrema delicadeza al impacto de la guerra civil y del triunfo del partido comunista en la vida de la misión y da noticias sobre la residencia y actividad tanto de los religiosos que pudieron continuar en ella hasta principios del 1952 como de los que andaban dispersos por sus pueblos (273-320). Resulta conmovedor el esfuerzo de todos los misioneros para unirse a la Iglesia Universal el 1 de noviembre de 1950 en la solemne celebración de la declaración de la Asunción de la Virgen en cuerpo y alma a los cielos (carta 82, pp. 297-302). El padre Luis Aguirre pudo bautizar durante su paso por la cárcel «a tres presos y uno momentos antes de morir ajusticiado» (carta 83, 304).

En otras recuerda los momentos en que podía gozar de la compañía de sus feligreses y, sobre todo, de la de sus compañeros y compartir con ellos sus experiencias apostólicas.

«Cuando en ocasiones me encuentro en la casa central rodeado de varios misioneros, interiormente gozo lo indecible al oír contar mil escenas tiernas, consoladoras, tristes y lamentables, pero que demuestran cómo sostiene la mano de Dios a sus siervos; cómicas y graciosas que motivan risas inocentes, y si a mí me sucede eso, es de suponer que a muchos lectores de la revista sucederá otro tanto; por lo mismo, mi buen padre [Mariano] Alegría, tiene entera libertad para en lo sucesivo mandar todas mis breves cartas para que se publiquen en la revista, si lo juzga oportuno (Carta 31, 143).

Las cartas de la última etapa de su vida, es decir, las de su etapa conventual, abordan temas muy diversos. Prevalcen las cuestiones administrativas, disciplinares y económicas. Pero no faltan las de calado más espiritual. Las dirigidas a las comisiones precapitulares de 1976, 1979 y 1985 manifiestan su preocupación por la marcha de la provincia. A veces se contentó con mostrar la belleza de los primeros capítulos de las Constituciones postconciliares con la esperanza de que su simple recuerdo movería a los religiosos a encarnarlas en su vida de cada día (carta 125, 397-400). Otras veces desciende él mismo a la práctica, insistiendo en el respeto a las normas sobre el uso del hábito y, sobre todo, en las exigencias de

la pobreza, una pobreza que debe ser individual y colectiva.

«En cuanto se refiere a la pobreza religiosa no basta el estar supeditados a los superiores en el uso de las cosas, sino que es preciso que los miembros sean pobres real y espiritualmente, poniendo sus tesoros en el cielo. La mente de san Agustín y de nuestros fundadores es que nuestras comunidades se han de distinguir por una honesta sobriedad en todo. Esfuérzense no sólo los religiosos en particular, sino las mismas comunidades, en dar testimonio colectivo de pobreza evangélica ante el pueblo de Dios. [...] Disminuyamos las vacaciones, evitemos gastos innecesarios, tratemos más con Dios y seamos muy generosos en ayudar a las misiones y comunidades religiosas pobres» (carta 114, 376).

Sorprende también la frecuencia con que acude a las cartas de san Pablo.

Ángel MARTÍNEZ CUESTA
Roma